

## CREO EN EL ESPÍRITU SANTO

### PRIMERA PARTE

La Iglesia profesa su fe en el Espíritu Santo que es "Señor y dador de vida". Así lo profesa el Símbolo de la Fe, llamado nicenoconstantinopolitano por el nombre de los dos Concilios —Nicea (a. 325) y Constantinopla (a. 381)—, en los que fue formulado o promulgado. En ellos se añade también que el Espíritu Santo "habló por los profetas"<sup>1</sup>.

Este artículo de fe que implícitamente reconoce a aquel que "juntamente con el Padre y el Hijo es adorado y glorificado"<sup>2</sup>, la calidad de *persona divina* y su actuación en la Iglesia, no siempre a lo largo de la historia fue posesión pacífica, sino que se llegó a su formulación explícita solo después de años de enredadas controversias trinitarias, que desembocaron en el primer Concilio de Constantinopla (381), el concilio del Espíritu Santo.

De esta falta de unanimidad pacífica en la fe, y del gusto popular, sobre todo oriental, por este tipo de controversias, da testimonio Gregorio de Nisa al comentar:

Todos los rincones de la ciudad están llenos de estas conversaciones: las calles, las plazas, los cruces, las avenidas. Son los comerciantes de vestidos, los cambistas, los tenderos. Si le preguntas a un cambista el curso de la moneda, te responde con una disertación sobre el engendrado y el inengendrado. Si te interesa la calidad y el precio del pan, el panadero responde: "El Padre es mayor y el Hijo está sometido al Padre". Si preguntas en las termas si el baño está dispuesto, el conserje te dice que el Hijo ha salido de la nada. No sé qué nombre darle a este mal, si frenesí o rabia...<sup>3</sup>.

1. JUAN PABLO II, Carta Encíclica *Dominus et Vivificans*,<sup>2</sup> Introducción (18 de mayo de 1986).
2. *Símbolo Niceno-constantinopolitano*, Dz. 86.
3. GREGORIO de NISA, *Sobre la divinidad del Hijo y del Espíritu Santo*.

Quisiéramos en estas páginas exponer de forma relativamente sucinta, cómo se fue dando la reflexión teológica sobre la persona del Espíritu Santo hasta llegar al Concilio de Constantinopla, y cómo la Iglesia de los primeros siglos fue experimentando la presencia y el obrar del Espíritu de Dios en su seno. El motivo por el que tratamos juntas la reflexión teológica de la Iglesia y la vivencia del pueblo cristiano de la acción del Espíritu, obedece al hecho de que ninguna de estas dos realidades por separado contribuyó por sí sola a la formación de la tradición eclesial, sino que ambas en estrecha dependencia fueron asumiendo y desentrañando los contenidos de la revelación, hasta poder expresarlos en términos diáfanos, de lo cual es ejemplo la formación de la teología del Espíritu Santo. Finalmente dedicaremos un apartado a la reflexión teológica de Agustín de Hipona sobre el Espíritu Santo.

Valga este volver a los orígenes como un reconocimiento a aquellos hombres y comunidades que, con sus trabajos y luchas en la fe y por la fe, hicieron posible el que la Iglesia de nuestros días pueda profesar su creencia en aquel que la anima y la propaga en el corazón de los creyentes.

### Una Iglesia guiada por el Espíritu

Las primeras comunidades cristianas estaban animadas por la convicción de que el Espíritu de Dios actuaba en ellas y de que eran depositarias de sus dones. Esto no sólo es constatable en las comunidades apostólicas, como vemos profusamente en los Hechos de los Apóstoles, donde los fundadores de las iglesias están *llenos del Espíritu Santo* (Hch 13, 9; 13, 52), sino también en la vida de Pablo Apóstol, donde el Espíritu es el que endereza sus pasos (id. 16, 6.7.20.22) y quien suscita prodigios en las comunidades fundadas por él.

Al hacerse la transición de las iglesias testigos de la predicación de los apóstoles a las del s. II, sigue viva la conciencia de que la Iglesia es la Iglesia del Espíritu. Las *Odas de Salomón* de fines del s. I cantan: "Como las manos se pasean por la cítara y las cuerdas hablan, así habla el Espíritu del Señor en mis miembros y yo hablo por su amor"<sup>4</sup>.

Un ámbito propio de la vida de los creyentes y de las nacientes iglesias, donde la presencia del Espíritu se manifiesta claramente, es

4. *Odas de Salomón*, VI.

el referente a la oración. En lo concerniente a este tema, las primeras comunidades solían remitirse al Apóstol Pablo, quien ya había hablado de los gemidos indescriptibles que el Espíritu suscitaba en el corazón de los fieles, a punto tal que la misma oración podía referirse al Espíritu que ora en nosotros, o a nosotros mismos que oramos bajo la inspiración del Espíritu (*Rom 8, 15; Ga 4, 6*). Así, las oraciones carismáticas de las primeras comunidades cristianas son muestra de la libertad y espontaneidad de los hijos del Padre, en quienes es el Espíritu mismo el que se expresa. Por ejemplo, las *Odas de Salomón* situaban al Espíritu Santo en el centro de la oración del cristiano o de su ascenso espiritual:

He descansado en el Espíritu del Señor,  
me ha elevado sobre las alturas,  
me ha asentado sobre los pies,  
en presencia de su perfección y majestad,  
mientras yo te alabo  
siguiendo el orden de mis cánticos<sup>5</sup>.

Actividad privilegiada del Espíritu en estas comunidades judeo-cristianas era la de suscitar y enviar profetas y doctores que contribuyeran a su expansión. De aquí que en estos tiempos más inmediatos a la era post-apostólica, el carisma de profecía es el que más caparó la atención.

La *Didaché* muestra claramente la presencia de apóstoles, profetas y doctores que forman una primera organización dentro de las comunidades, la cual después será asumida por los obispos y los diáconos. Estos apóstoles no son sino misioneros que fundan comunidades que posteriormente dirigen:

Elegid inspectores y ministros dignos del Señor, que sean hombres mansos, desinteresados, verdaderos y probados, porque también ellos os administran el ministerio de los profetas y maestros. No los despreciéis, pues, porque ellos son los honrados por vosotros, juntamente con los profetas<sup>6</sup>.

Misioneros a quienes, por otro lado, hay que recibir como al mismo Señor que los envía: "Respecto a apóstoles y profetas, obrad conforme a la doctrina del Evangelio. Ahora bien, todo apóstol que venga a nosotros, sea recibido como el mismo Señor"<sup>7</sup>.

5. *Odas de Salomón*, XXXVI, 1-2.

6. *Didaché*, 15, 1-2.

7. *Ibid.*, 11, 3-4.

No es fácil captar en la *Didaché*, la diferencia entre estos apóstoles y profetas, pues alude al caso de apóstoles que por su falsedad son catalogados como "falsos profetas": "Al salir el apóstol, nada lleve consigo, si no fuere pan, hasta nuevo alojamiento. Si pide dinero es un falso profeta"<sup>8</sup>, muy semejante a los que ejercen el carisma profético con doblez, los cuales, si por un lado son identificables, por otro no pueden ser juzgados:

No tentéis ni examinéis a ningún profeta que habla en espíritu, porque *todo pecado será perdonado*, mas este pecado *no se perdonará* (Mt 12, 31). Sin embargo, no todo el que habla en espíritu es profeta, sino el que tiene las costumbres del Señor. Así, pues, por sus costumbres se discernirá al verdadero y al falso profeta<sup>9</sup>.

El motivo fundamental para no oponer resistencia al profeta inspirado es justamente porque rechazarlo sería cometer lo que el Evangelio llama *pecado contra el Espíritu* (Mt 12, 31-32; Mc 3, 28-30; Lc 12, 10, cf. Hch 5, 3; 7, 51).

Según la *Didaché*, la materia de la enseñanza profética pareciera ser la "verdad", mezcla de exhortación, amonestación y llamado a la esperanza: "Todo profeta que enseña la verdad, si no practica lo que enseña, es un falso profeta"<sup>10</sup>, cuyo objetivo no era otro que la edificación y la expansión de la Iglesia, que en esta obra judeo-cristiana tiene un fuerte sabor escatológico: "Reuníos con frecuencia, inquiriendo lo que conviene a vuestras almas. Porque de nada os serviría todo el tiempo de vuestra fe, si no sois perfectos en el último momento"<sup>11</sup>.

Con respecto a la oración, la *Didaché* establece la recitación tres veces al día de la oración del Señor, el Padrenuestro, que se había recibido en el momento del bautismo y que se recordaba en la celebración eucarística<sup>12</sup>, sacramento este último que podía ser perfeccionado por los profetas: "A los profetas permitidles que den gracias cuantas quieran... pues ellos son vuestros sumos sacerdotes"<sup>13</sup>.

La *Carta de Bernabé*, procedente de Siria, se dirige a la comunidad de los bautizados, sobre los que se ha derramado de forma abun-

8. Ibid., 11, 6.  
 9. Ibid., 11, 7-8.  
 10. Ibid., 11, 10.  
 11. Ibid., 16, 2.  
 12. Ibid., 8, 2-3.  
 13. Ibid., 10, 7; 13, 3.

dante el Espíritu, al cual siempre se le llama "Santo": "Por lo cual, aún me congratulo más a mí mismo con la esperanza de salvarme, pues verdaderamente contemplo entre vosotros cómo el Señor, que es rico en caridad, ha derramado su Espíritu sobre vosotros"<sup>14</sup>.

Este Espíritu del Señor es quien ha inspirado la Escritura Santa al inspirar a los profetas escritores, a los patriarcas como Abrahán<sup>15</sup>, a Moisés su siervo<sup>16</sup>, y da a la vez a sus oyentes actuales la gracia necesaria para discernir la presencia de Cristo y del cristianismo, de la nueva alianza, en sus palabras y profecías antiguas:

Moisés, pues, recibió la Alianza; mas ellos no se hicieron dignos. Ahora bien, ¿cómo la recibimos nosotros? Aprendedlo: Moisés la recibió como siervo que era; mas a nosotros nos la dio el Señor en persona para hacernos, habiendo sufrido por nosotros, pueblo de su herencia. Manifestóse, por una parte, para que aquellos llegasen al colmo de sus pecados, y nosotros, por otra, recibiéramos la alianza por medio del Señor Jesús, que la hereda; de Jesús, digo, que fue aparejado para que, apareciendo él en persona y redimido que hubiera de las tinieblas nuestros corazones, consumidos que estaban por la muerte y entregados al extravío de la iniquidad, estableciera una Alianza entre nosotros por su palabra<sup>17</sup>.

El Espíritu Santo derramado en el corazón del cristiano en el momento del bautismo, por el perdón de los pecados hace de él un templo de Dios:

Hallo, pues, que existe un templo. ¿Cómo se edificará en el nombre del Señor? Aprendedlo. Antes de creer nosotros en Dios, la morada de nuestro corazón era corruptible y flaca, como templo verdaderamente edificado a mano, pues estaba lleno de idolatría y era casa de demonios, porque no hacíamos sino cuanto era contrario a Dios... Después de recibido el perdón de los pecados, y por nuestra esperanza en el Nombre, fuimos hechos nuevos, creados otra vez desde el principio. Por lo cual, Dios habita verdaderamente en nosotros, en la morada de nuestro corazón<sup>18</sup>;

en el cual el Espíritu inhabita como en un vaso: "El Señor glorifica el vaso del Espíritu"<sup>19</sup>.

Este tema del cristiano como morada del Espíritu seguirá teniendo vigencia en las comunidades cristianas y en adelante gozará de

14. *Carta de Bernabé*, 1, 3.

15. *Ibid.*, 9, 7.

16. *Ibid.*, 10, 2.9-10; 11, 2.

17. *Ibid.*, 14, 4-5.

18. *Ibid.*, 16, 7-8.

19. *Ibid.*, 11, 9.

perpetuidad. Ahora bien, esta inhabitación de Dios en el corazón del cristiano, que tiene su inicio en el momento del bautismo, se afianza a lo largo de toda la vida por medio de la oración; tarea primordial del Espíritu Santo. Esto lo realiza el Espíritu abriéndonos la boca con la oración, lo cual se ubica en la línea de la enseñanza paulina del Espíritu como agente y animador de la oración:

Porque en nosotros mora la palabra de su fe, el llamamiento de su promesa, la sabiduría de sus justificaciones, los mandamientos de su doctrina; profetizando él mismo en nosotros, morando él en persona dentro de nosotros, abriéndonos la puerta del templo, es decir, nuestra boca; dándonos penitencia, nos introduce a nosotros, que estábamos esclavizados por la muerte, en el templo incorruptible. Y es así como quien desea salvarse no mira a un hombre, sino al que mora y habla dentro de sí, maravillado de no haber oído jamás antes las palabras de la boca de quien hablaba y no tener él siquiera deseo de escucharle<sup>20</sup>.

El *Pastor de Hermas*, obra de claro carácter profético y eclesial, aunque no presenta una pneumatología elaborada, se inscribe sin embargo en la línea de los autores inspirados y profetas quienes, iluminados por medio de visiones, penetraron el sentido de la revelación.

El libro está compuesto por tres partes claramente identificables e interdependientes entre sí: las *Visiones*, los *Preceptos* y las *Parábolas*; la acción del Espíritu se manifiesta en las dos últimas.

En los *Preceptos* se retoma el tema evangélico de la inhabitación del hombre por espíritus buenos o malos, los cuales se excluyen mutuamente. Si alguno sigue el camino de la justicia y practica la paciencia, el Espíritu habita en él, mientras que un acceso de ira no sólo da entrada a los espíritus malos, sino que aleja al Espíritu Santo.

Porque si fueres paciente, el Espíritu Santo, que mora en ti, será puro, no estando ensombrecido por otro espíritu malo. Antes bien, habitando en lugar espacioso, se alegrará y regocijará juntamente con el vaso en que mora, y servirá a Dios con alegría, como quiera que tiene la felicidad en sí mismo. Más apenas sobreviene un arrebato de ira, el Espíritu Santo, delicado como es, se siente angustiado por no tener limpio el lugar en que mora y busca cómo alejarse de allí. Es que se siente ahogado por el espíritu malo, al no tener lugar para servir a Dios como él quiere, manchado que está por la ira. Porque en la paciencia mora el Señor; en la impaciencia el diablo<sup>21</sup>.

20. Ibid., 16, 9-10.

21. *Pastor de HERMAS*, Mand. 5, 1, 2-3.

El mismo efecto que la cólera ejerció la tristeza en el Espíritu que inhabita al cristiano:

Escucha, pues, insensato, cómo la tristeza expulsó al Espíritu Santo... Cuando el hombre vacilante se abalanza a una empresa y fracasa en ella a causa de su misma duda, la tristeza entra en aquel hombre y contrista al Espíritu Santo, y lo expulsa... Arranca, pues, de ti la tristeza y no atribuyes al Espíritu Santo que mora en ti, no sea que supliques a Dios, en contra tuya, y se aparte de ti. Porque el Espíritu de Dios, que fue infundido a esa carne tuya, no soporta la tristeza ni la angustia<sup>22</sup>.

El cristiano triste no sólo entristece al Espíritu que lo llena, sino que impide la oración porque no puede percibir, dominado por la tristeza como está, al Espíritu de Dios que ora en él:

El hombre triste se porta mal en todo momento. Y lo primero en que se porta mal es en que contrista al Espíritu Santo, que le fue dado, alegre al hombre. En segundo lugar, comete una iniquidad, por no dirigir súplicas a Dios ni alabarle; y, en efecto, jamás la súplica del hombre triste tiene virtud para subir al altar de Dios... Porque así como el vino mezclada con vinagre no tiene el mismo sabor, así la tristeza, mezclada con el Espíritu Santo, no tiene la misma fuerza de súplica<sup>23</sup>.

Esté mismo signo junto al comportamiento moral, constituye el criterio de discernimiento entre los falsos profetas y los verdaderos que el Señor suscita cuando la comunidad cristiana eleva sus oraciones a Dios:

Conforme te voy a decir, así examinarás al verdadero del falso profeta. Al hombre que afirma tener el Espíritu divino, examínale por su vida. Ante todo, el hombre que tiene el Espíritu divino, el que viene de arriba, es manso, tranquilo y humilde; vive alejado de toda maldad y de todo deseo vano de este siglo; se hace a sí mismo el más pobre de todos los hombres; no responde palabra a nadie al ser preguntado; no habla a sombra de tejado; ni cuando el hombre quiere habla el Espíritu Santo, sino entonces habla, cuando quiere Dios que hable. Ahora bien, cuando un hombre, poseído del Espíritu divino, llega a una reunión de hombres justos, se hace una súplica a Dios, entonces el ángel del espíritu profético, que está junto a él, hinche a aquel hombre y así, henchido del Espíritu Santo, habla el hombre a la muchedumbre conforme lo quiere el Señor. De este modo, pues, se pondrá de manifiesto el espíritu de la divinidad. Y así has de ver cuán grande sea la virtud del Señor en orden al espíritu de la divinidad<sup>24</sup>.

22. Ibid., Mand. 10, 2, 1-2. 5-6.

23. Ibid., 3, 2. 3.

24. Ibid., Mand. 11, 7-10.

En las *Parábolas* la función del Espíritu Santo quizá esté más oculta, pero no es muy diferente que en los *Preceptos*. El Espíritu es mostrado como hijo de Dios y preexistente, al igual que la Sabiduría del Antiguo Testamento: "El campo es este mundo; el amo del campo es el que lo creó todo y ordenó y fortaleció; el hijo es el Espíritu Santo, el esclavo es el hijo de Dios; la vinya es este pueblo que él plantó..."<sup>25</sup>, lo cual no significa la identidad entre el Hijo y el Espíritu, sino que el Espíritu preexistía antes que todas las cosas que creó, siendo diferente del esclavo: el Hijo consustancial al Padre.

Ahora bien, si el Espíritu inhabita en el corazón de aquel que elige el camino recto: "cuidado con que te suba al corazón el pensamiento de que esta carne es percedera y abuses de ella en alguna impureza, porque si mancillares tu carne, mancillarás también al Espíritu Santo, y si mancillas al Espíritu, no vivirás"<sup>26</sup>, muchísimo más habita en aquella carne que había elegido, es decir, en Jesús:

Al Espíritu Santo, que es preexistente, que creó toda la creación, Dios le hizo morar en el cuerpo de carne que él quiso. Ahora bien, esta carne, en que habitó el Espíritu Santo, sirvió bien al Espíritu, caminando en santidad y pureza, sin mancillar absolutamente nada al mismo Espíritu. Como hubiera, pues, ella llevado una conducta excelente y pura y tenido parte en todo trabajo del Espíritu y cooperado con él en todo negocio, portándose siempre fuerte y valerosamente, Dios la tomó por partícipe juntamente con el Espíritu Santo. En efecto, la conducta de esta carne agradó a Dios, por no haberse mancillado sobre la tierra mientras tuvo consigo al Espíritu Santo. Así, pues, tomó por consejero a su Hijo y a los ángeles gloriosos, para que esta carne, que había servido sin reproche al Espíritu, alcanzara también algún lugar de habitación y no pareciera que se perdía el galardón de este servicio. Porque toda carne en que moró el Espíritu Santo, si fuera hallada pura y sin mancha, recibirá su recompensa<sup>27</sup>.

El *Pastor* relaciona al Espíritu con su tema central: la penitencia, diciendo que el Señor ha donado el Espíritu a aquellos que son dignos de penitencia, con lo cual se hace patente la visión eclesial continua del *Pastor*, pues si "los apóstoles y maestros predicaron por todo el mundo y enseñaron santa y castamente la palabra del Señor sin desviarse para nada hacia el mal deseo, sino caminando siempre en justicia y verdad, conforme también recibieron el Espíritu Santo"<sup>28</sup>,

25. Ibid., Comparación 5, 5, 2.

26. Ibid., 7, 2.

27. Ibid., 6, 5-7.

28. Ibid., Comp. 9, 25, 2.

los que no fueron fieles y pecaron, tienen la posibilidad de seguir formando parte de la Iglesia, torre en construcción, por medio de la penitencia, que es a la vez gracia y acción del Espíritu divino.

El Espíritu que inhabita al creyente da a su oración todo su impulso, dinamismo y eficacia, y a la vez le comunica la luz interior y la santidad que proceden de él, tomando posesión del fiel: "Ama la verdad y que de tu boca salga toda verdad, a fin de que el Espíritu que Dios hizo habitar en esa carne tuya, sea hallado verdadero ante todos los hombres, y de esta manera sea glorificado el Señor, que mora en ti"<sup>29</sup>.

### Primeros pastores y Apoloğistas

Aun cuando en la Iglesia primitiva el elemento carismático fue importante, se produjo en ella un cierto acallarse de la profecía, y la autoridad comenzó a ser detentada por los obispos que estaban al frente de las comunidades, de los cuales también se puede decir que fueron "carismáticos", animados por el Espíritu Santo, como es el caso —entre los llamados Padres Apostólicos—, de Clemente Romano, Ignacio de Antioquía y Policarpo de Esmirna.

Estos primeros pastores, provenientes ya del mundo greco-romano, son testigos de la acción de la Iglesia que guía a las comunidades cristianas, y aunque en ellos no hay propiamente una reflexión teológica sobre el Espíritu Santo, sí transparentan en sus escritos el influjo de este Espíritu en la vida de las Iglesias que les cupo en suerte dirigir.

Al final del s. I, *Clemente Romano* dirigió una carta a la comunidad de Corinto con motivo de una rebelión contra algunos presbíteros y su consecuente deposición. En esta *Carta a los Corintios*, al igual que en la *Carta de Bernabé*, el Espíritu Santo es presentado como aquel que inspira los dos Testamentos que forman la Escritura:

El cetro de la grandeza de Dios, el Señor Jesucristo, no vino al mundo con aparato de arrogancia ni de soberbia, aunque pudiera, sino en espíritu de humildad, conforme lo había de él dicho el Espíritu Santo... Os habéis asomado a las Escrituras sagradas, que son verdaderas, que fueron inspiradas por el Espíritu Santo<sup>30</sup>.

29. Ibid., Mand. 3, 1.

30. CLEMENTE de ROMA, *Carta a los Corintios*, 16, 2; 45, 2.

Del apóstol Pablo afirmaba:

‘Tomad en vuestra mano la carta del bienaventurado Pablo Apóstol. ¿Cómo os escribió en los comienzos del Evangelio? A la verdad, divinamente inspirado, os escribió acerca de sí mismo, de Cefas y de Apolo, como quiera que ya entonces fomentabais las parcialidades<sup>31</sup>.

El Espíritu Santo es quien habla a través de los ministros de su Evangelio y de su gracia, razón por la cual todos les debemos obediencia:

Los Apóstoles nos predicaron el Evangelio de parte del Señor Jesucristo; Jesucristo fue enviado de Dios. En resumen, Cristo de parte de Dios, y los Apóstoles de parte de Cristo: una y otra cosa, por ende, sucedieron ordenadamente por voluntad de Dios. Así, pues, habiendo los Apóstoles recibido los mandatos, y plenamente asegurados por la resurrección del Señor Jesucristo y confirmados en la fe por la palabra de Dios, salieron, llenos de la certidumbre que les infundió el Espíritu Santo, a dar la alegre noticia de que el reino de Dios estaba por llegar<sup>32</sup>,

y la misma carta que Clemente dirige a los corintios para subsanar la sedición, es también inspirada por este Espíritu, lo cual la coloca a la misma altura exhortativa del Evangelio:

Alegría y regocijo nos proporcionareis si, obedeciendo a lo que os acabamos de escribir, impulsados por el Espíritu Santo, cortáis de raíz la impía cólera de vuestra envidia, conforme a la súplica que en esta carta hemos hecho por la paz y la concordia<sup>33</sup>.

Como trasfondo que hace lucir con más claridad su pecado, Clemente les recuerda a los corintios que, al igual que todas las Iglesias, ellos han recibido la misma abundante efusión del Espíritu Santo derramado en la Iglesia madre de Jerusalén, lo cual se manifiesta en la piedad, la paz y el trato fraternal:

De esta manera os fue concedida a todos paz profunda y radiante, junto con insaciable deseo de bien obrar, y sobre todo vino efusión plena del Espíritu Santo. Y así, llenos de voluntad santa, en prontitud de ánimo para el bien, levantabais con piadosa confianza vuestras manos a Dios omnipotente, suplicándole os fuera propicio si en algo involuntariamente habíais pecado. Día y noche traíais entablada contienda en favor de la universalidad de vuestros hermanos, a fin de conservar íntegro, por medio de la compasión y la conciencia, el número de los elegidos de Dios<sup>34</sup>.

31. *Ibid.*, 47, 1-3.

32. *Ibid.*, 42, 1-3.

33. *Ibid.*, 63, 2.

34. *Ibid.*, 2, 2-4.

Este Espíritu derramado abundantemente es el autor de los carismas que construyen la Iglesia, lo cual exige que cada uno respete en su prójimo el carisma que ha recibido:

Ahora, pues, consérvase íntegro nuestro cuerpo en Cristo Jesús, y sométase cada uno a su prójimo, conforme al puesto en que fue colocado por su gracia. El fuerte cuide del débil y el débil respete al fuerte; el rico suministre al pobre y el pobre dé gracias a Dios, que le deparó quien remedie su necesidad. El sabio muestre su sabiduría no en palabras, sino en buenas obras; el humilde no se dé testimonio a sí mismo, sino deje que otros atestigüen por él; el casto en su carne no se jacte de serlo, sabiendo como sabe que es otro quien le otorga el don de la continencia<sup>35</sup>.

La gracia y la acción del mismo Espíritu recibido por todos; le permiten a la comunidad superar sus disensiones y hallar en él la unidad:

¿A qué vienen entre vosotros contiendas y riñas, banderías, escisiones y guerras? ¿O es que no tenemos un solo Dios y un solo Cristo y un solo Espíritu de gracia que fue derramado sobre nosotros? ¿No es uno solo nuestro llamamiento en Cristo? ¿A qué fin desgarramos y despedazamos los miembros de Cristo y nos sublevamos contra nuestro propio cuerpo, llegando a punto tal de insensatez que nos olvidamos de que somos los unos miembros de los otros?<sup>36</sup>

Este Espíritu que forma la fe de la Iglesia y hace su unidad, es a la vez la esperanza de los creyentes, lo cual impone a su obrar una significación escatológica:

Aceptad nuestro consejo y no os arrepentiréis. Porque vive Dios y vive el Señor Jesucristo y el Espíritu Santo, y también la fe y la esperanza de los elegidos, que sólo el que en espíritu de humildad y perseverante modestia cumpliere sin volver atrás las justificaciones y mandamientos dados por Dios, sólo ése será ordenado y escogido en el número de los que se salvan por medio de Jesucristo, por el cual se le da a Dios la gloria por los siglos de los siglos<sup>37</sup>.

*Ignacio de Antioquía* afirma haber proclamado su mensaje bajo la acción del Espíritu Santo, y se muestra consciente de poseerlo, de actuar bajo su influjo, de hablar en su nombre y de seguirle como a un maestro:

35. Ibid., 38, 1-2.

36. Ibid., 46, 5-7.

37. Ibid., 58, 2.

Porque es cierto que algunos quisieron engafiarme según la carne, mas el Espíritu no se extravía, como quiera que procede de Dios. "Porque él sabe de dónde viene y a dónde va", y arguye hasta lo escondido. Así, estando en medio de ellos, di un grito, clamé con fuerte voz, con voz de Dios: "¡Atención a vuestro obispo, al colegio de ancianos y a los diáconos!"<sup>38</sup>.

En Ignacio aparece el tema del templo que simboliza a la Iglesia, en cuya edificación el Espíritu hace como de cable que une a los fieles junto a su obispo y los hace llegar a Dios, recogiendo los frutos de la cruz:

...Sois piedras del templo del Padre, preparadas para la construcción de Dios Padre, levantadas a las alturas por la palanca de Jesucristo, que es la cruz, haciendo veces de cuerda el Espíritu Santo. Vuestra fe es vuestra cabria, y la caridad es el camino que os conduce a Dios. Así, pues, todos sois también compañeros de camino, portadores de Dios y portadores de un templo, portadores de Cristo, portadores de santidad, adornados de todo en todo en los mandamientos de Jesucristo<sup>39</sup>.

El Espíritu, don del Padre, es el que santifica a la Iglesia en su conjunto y en sus miembros, y por ello exige huir de toda división y buscar la unidad que forma verdadera comunidad: "Fue el Espíritu el que dio este pregón: Guardad vuestra carne como templo de Dios. Amad la unión. Huid las escisiones. Sed imitadores de Jesucristo, como también él lo es de su Padre"<sup>40</sup>.

De hecho, cuando la Iglesia se funda en la unidad, llega a ser motivo de regocijo, pues responde con su realidad a una de las misiones del Espíritu de Dios: "Iglesia que es regocijo eterno y permanente, mayormente cuando son una sola cosa con su obispo... y a los que él, conforme a su propia voluntad, afianzó en firmeza por su Santo Espíritu"<sup>41</sup>.

Ignacio es uno de esos obispos carismáticos en los que el episcopado mismo es un carisma y, a la vez, es hombre de oración, en la cual el Espíritu anima y devela los deseos más hondos de su ser: "Mi amor está crucificado y no queda ya en mí fuego que busque alimentarse de materia; sí, en cambio, un agua viva que murmura dentro de mí y desde lo íntimo me está diciendo: 'Ven al Padre'"<sup>42</sup>, y a Policarpo, le aconseja que secunde las mociones del Espíritu, las cuales le

38. IGNACIO de ANTIOQUÍA, *Carta a los Filadelfios*, 7, 1.

39. *Ibid.*, *Carta a los Efesios*, 9, 1-2.

40. *Ibid.*, *Carta a los Filadelfios*, 7, 2.

41. *Ibid.*, Prólogo.

42. *Ibid.*, *Carta a los Romanos*, 7, 2.

serán reveladas en la oración: "Por lo que respecta a las cosas espirituales, ruega que te sean descubiertas, para que así nada te falte y goces de todos los bienes espirituales en abundancia"<sup>43</sup>.

Ignacio de Antioquía, es un claro ejemplo de la Iglesia primitiva, en la que se hermanaron la Iglesia institucional y la carismática; igual sucedió en los grandes obispos espirituales, entre los que se contó Melitón de Sardes, de quien Eusebio de Cesarea, citando a Polícrates de Éfeso, dio este testimonio: "Melitón, el célibe, que vivió enteramente bajo el Espíritu Santo, que yace en Sardes, aguardando la visita del cielo cuando resucite de entre los muertos"<sup>44</sup>.

El tema de la oración está presente de forma particular en los *Hechos apócrifos* como expresión de la piedad del pueblo cristiano y probablemente de alguna comunidad de ascetas. En los *Hechos de Pedro*, por ejemplo, aparece esta oración en labios del Apóstol, quizá con cierta reminiscencia de Ignacio de Antioquía: "Con esta voz, Jesucristo, te doy gracias. Con el silencio de esta voz, el Espíritu que hay en mí te ama, te observa, te contempla"<sup>45</sup>; y en los *Hechos de Tomás*:

Ven, don del Altísimo,  
ven, perfecta misericordia,  
ven, comunión;  
ven, Espíritu Santo<sup>46</sup>.

Una realidad importantísima en la Iglesia de los primeros siglos fue el martirio, donde el mártir ocupaba un puesto de honor. En él se prolonga la pasión de Cristo, y con su vida testimonia su fe con la misma actitud con que Jesús lo hizo en su proceso doloroso. De aquí que el mártir sea considerado como el testigo del Resucitado, y la seguridad con que confiesa su fe es don del Espíritu Santo que lo sostiene en medio de la prueba. Esta importancia eclesial del martirio se nos hace patente por medio de la extensa literatura martiriológica que ha llegado a nosotros. Generalmente se inspira en el ejemplo del promártir Esteban quien, *lleno del Espíritu* oró y entregó su vida<sup>47</sup>.

43. Ibid., *Carta a Policarpo*, 2, 2.

44. EUSEBIO de CESAREA, *Historia Eclesiástica*, V, 24, 5.

45. *Hechos de Pedro*, 39.

46. *Hechos de Tomás*, 50.

47. *Hch* 7, 55-56.

El *Martirio de Policarpo* es el relato circunstanciado más antiguo que poseemos sobre el martirio de un individuo, donde el martirio es presentado como una imitación de Cristo, la cual consiste en imitarlo en los sufrimientos y en la muerte, como decía Ignacio de Antioquía: "Permitidme ser imitador de la pasión de mi Dios"<sup>48</sup>.

Esta narración martirial, que imita intencionadamente los Hechos de los Apóstoles, presenta al obispo Policarpo como un anciano lleno de dones espirituales, entre los que sobresalen los carismas de profecía, fortaleza y apóstolado. De su profunda riqueza espiritual brota su oración antes de su arresto, que no es inspirada sino por el Espíritu Santo, oración de claro carácter universal:

Al punto, Policarpo dio órdenes de que se les sirviera de comer y beber en aquella misma hora cuanto apetecieran, y él les rogó, por su parte, que le concedieran una hora para orar tranquilamente. Permittiéronse los, y así, puesto en pie, se puso a orar tan lleno de gracia de Dios que por espacio de dos horas no le fue posible callar. Estaban maravillados los que le oían, y aun muchos sentían remordimiento por haber venido a prender a un anciano tan santo.

Una vez que, finalmente, terminó su oración; después que hubo hecho en ella memoria de cuantos en su vida habían tenido trato con él —pequeños y grandes, ilustres y humildes, y señaladamente de toda la universal Iglesia esparcida por la redondez de la tierra—, venido el momento de emprender la marcha, le montaron sobre un pollino, y así le condujeron a la ciudad, día que era de gran sábado<sup>49</sup>;

oración que antes de la muerte se hace confesión de fe y confiere al martirio el carácter de una eucaristía, una ofrenda litúrgica y comunitaria, como también aparece en Ignacio, el "pan-limpio de Cristo triturado por los dientes de las fieras"<sup>50</sup>:

Señor y omnipotente Dios:

Padre de tu amado y bendecido siervo Jesucristo, por quien hemos recibido el conocimiento de ti, Dios de los ángeles y las potestades, de toda la creación y de toda la casta de los justos, que viven en presencia tuya.

Yo te bendigo, porque me tuviste por digno de esta hora, a fin de tomar parte, contado entre tus mártires, en el cáliz de Cristo para resurrección de vida eterna, en alma y cuerpo, en la incorrupción del Espíritu Santo.

¡Sea yo con ellos recibido hoy en tu presencia, en sacrificio pingüe y aceptable, conforme de antemano me lo preparaste, y me lo revelaste y ahora lo has cumplido, tú, el infalible y verdadero Dios!

48. IGNACIO de ANTIOQUÍA, *Carta a los Romanos*, 6, 3.

49. *Martirio de Policarpo de Esmirna*, 7, 2-8, 1.

50. IGNACIO de ANTIOQUÍA, *Carta a los Romanos*, 4, 1.

Por lo tanto, yo te alabo por todas las cosas, te bendigo y te glorifico; por mediación del eterno y celeste Sumo-Sacerdote, Jesucristo, tu siervo amado, por el cual sea gloria a ti con el Espíritu Santo, ahora y en los siglos por venir. Amén<sup>51</sup>.

Esta presencia del Espíritu Santo que animaba la oración del mártir, está presente también en el relato sobre los mártires de Lyon, donde Vetio Epágato, por ejemplo, "teniendo un gran celo por Dios y ardiendo en el Espíritu Santo"<sup>52</sup>, "llevaba en sí al Paráclito que lo aconsejaba"<sup>53</sup>, lo cual arrancó a Eusebio el siguiente comentario: "Los confesores hallaban su consuelo en el gozo del martirio, la esperanza de la felicidad prometida y el amor a Cristo, el Espíritu del Padre"<sup>54</sup>.

Antes de dejar los Padres Apostólicos hagamos notar que la asistencia del Espíritu Santo que acompañaba al mártir también se atribuía al cristiano normal quien, ayudado por el Espíritu, asume el martirio incruento de cada día y le asegura la realización de su esperanza en su cuerpo y en su espíritu, de lo cual da testimonio la *Segunda Carta de Clemente* que es la primera homilía cristiana escrita que poseemos.

La Iglesia, siendo espiritual, se manifestó en la carne de Cristo, poniéndonos así de manifiesto que quien la guardare, la recibirá en el Espíritu Santo. Nadie, pues, que corrompiera la figura, recibirá el original. En definitiva, pues, hermanos, esto es lo que dice: "Guardad vuestra carne, a fin de que participéis del Espíritu"<sup>55</sup>.

A los Apologistas Griegos les tocó vivir una situación diferente de la de los primeros pastores que siguieron a la época apostólica. Preocupados por defender al cristianismo de las acusaciones de ateísmo, incesto y antropofagia (por una mala comprensión de la cena eucarística), provenientes del mundo pagano, sin embargo no olvidaron la acción del Espíritu de Dios en medio de las iglesias que empezaban a propagarse, aunque debemos reconocer que no fue un tema capital en sus escritos.

51. *Martirio de Policarpo de Esmirna*, 14, 1-3.

52. EUSEBIO de CESAREA, *Historia Eclesiástica*, V, 1, 9.

53. *Ibid.*, V, 1, 10; V, 33.

54. *Ibid.*, V, 1, 34.

55. *Segunda Carta de Clemente*, 14, 3.

La pneumatología de *Justino*, el más importante entre ellos, pone el acento en el aspecto "dinámico" del Espíritu y lo define como una potencia invisible de Dios, operante en la creación y en la historia. Dentro de esta "economía" del Espíritu, afirma la permanencia de la profecía y de los carismas en la Iglesia: "Porque entre nosotros (los cristianos) se dan hasta el presente carismas proféticos; de donde vosotros mismos (los judíos) debéis entender que los que antaño existían en vuestro pueblo, han pasado a nosotros"<sup>56</sup>.

Sobre los dones del Espíritu derramados en los creyentes dice: "Y así entre nosotros pueden verse hombres y mujeres que poseen carismas del Espíritu de Dios"<sup>57</sup>, lo cual tiene su precedente en los dones proféticos otorgados en el Antiguo Testamento (cf. *IR* 19, 10-18):

A la manera, pues, que por amor de esos siete mil hombres no ejecutó entonces Dios su ira, así tampoco ahora ha traído ni trae el juicio universal, sabiendo como sabe que todavía, a diario, hay quienes se hacen discípulos del nombre de Cristo y abandonan el camino del error. Y éstos, iluminados por el nombre de este Cristo, reciben dones según lo que cada uno merece; uno, en efecto, recibe espíritu de inteligencia, otro de consejo, otro de fortaleza, otro de curación, de presciencia, de enseñanza y de temor de Dios<sup>58</sup>.

*Atenágoras de Atenas* afirma también la relación entre el Espíritu Santo y los profetas, definiéndola como "emanación de Dios": "El mismo Espíritu Santo, que obra en los que hablan proféticamente, decimos que es una emanación de Dios, emanando y volviendo, como un rayo de sol"<sup>59</sup>.

Presenta una definición de la Trinidad sorprendente para la época antenicense: "... no somos ateos, pues admitimos a un solo Dios... ¿Quién, pues, no se sorprenderá de oír llamar ateos a quienes admiten a un Dios Padre y a un Dios Hijo y a un Espíritu Santo, que muestran su potencia en la unidad y su distinción en el orden?"<sup>60</sup>, y aunque no distingue a las personas según su poder, sí lo hace según la función de cada una: "Afirmamos a Dios, y al Hijo, Verbo suyo, y al Espíritu Santo, identificados según el poder, pero distintos según el

56. JUSTINO, *Diálogo con Trifón*, 82, 1.

57. *Ibid.*, 88, 1.

58. *Ibid.*, 39, 2.

59. ATENÁGORAS de ATENAS, *Súplica en favor de los cristianos*, 10.

60. *Ibid.*

orden: al Padre, al Hijo y al Espíritu, porque el Hijo es inteligencia, Verbo y sabiduría del Padre, y el Espíritu, emanación como luz del fuego"<sup>61</sup>. Explica también, que el único deseo de los cristianos es: "conocer al Dios verdadero y al Verbo que de él viene, cuál sea la comunicación del Padre con el Hijo, qué cosa sea el Espíritu, cuál sea la unión de tan grandes realidades, cuál la distinción de los así unidos, del Espíritu, del Hijo y del Padre..."<sup>62</sup>.

*Teófilo de Antioquía*, que es el primero que emplea el vocablo "trinidad" para expresar la unión de las tres personas divinas en Dios, llama al Espíritu "Sabiduría" de Dios: "Los tres días que preceden a la creación de los luminares son símbolo de la Trinidad, de Dios, de su Verbo y de su Sabiduría"<sup>63</sup>, al mismo tiempo que afirmó la inspiración divina de las Escrituras y de los profetas:

No seas incrédulo, sino cree: Porque tampoco yo en otro tiempo creía que ello hubiera de ser; mas ahora, tras haberlo bien considerado, lo creo, y porque juntamente leí las Sagradas Escrituras de los santos profetas, quienes, inspirados por el Espíritu de Dios, predijeron lo pasado tal como pasó, lo presente tal como sucede y lo por venir tal como se cumplirá. Teniendo, pues, la prueba de las cosas sucedidas después de haber sido predichas, no soy incrédulo, sino que creo y obedezco a Dios<sup>64</sup>.

El Espíritu que inspiró a los profetas también inspiró a los evangelistas, razón por la cual ambos coinciden: "... están de acuerdo los profetas y los Evangelios, pues todos, portadores de espíritu, hablaron por el solo Espíritu de Dios"<sup>65</sup>, y sigue inspirando a los cristianos, al revelarles el contenido de la verdad: "Sólo los cristianos poseemos la verdad, como quiera que somos enseñados por el Espíritu Santo, que nos ha hablado por los santos profetas y nos lo anuncia todo de antemano"<sup>66</sup>.

Para *Taciano el Sirio*, uno de los apologistas griegos que más reacciona contra la cultura pagana, el Espíritu de Dios es el que guía y ayuda al alma, elevándola: "El alma, formando pareja con el Espíritu

61. Ibid., 24.

62. Ibid., 12.

63. TEÓFILO de ANTIOQUÍA, *Segundo libro a Autólico*, 15.

64. Ibid., *Primer libro a Autólico*, 14.

65. Ibid., *Tercer libro a Autólico*, 12.

66. Ibid., *Segundo libro a Autólico*, 33.

de Dios, ya no carece de ayuda y se levanta a las regiones adonde el Espíritu la guía"<sup>67</sup>.

Según él, el Espíritu desciende sobre aquellos que viven justamente<sup>68</sup>, a los cuales concede el don de discernir los espíritus: "Sólo a los pertrechados del Espíritu de Dios son visibles los cuerpos de los *démones* (no tiene ninguno carne, sino que poseen estructura espiritual); a los otros, de modo alguno, pues lo inferior no tiene fuerza para comprender lo superior"<sup>69</sup>.

### Las primeras herejías: sus implicancias pneumatológicas

El testimonio de la presencia y obrar del Espíritu Santo en las primeras comunidades de origen judeo-cristiano, como en las de corte greco-romano, es sustancialmente el mismo. En los primeros pastores de estas Iglesias se manifestaba la simbiosis entre la iglesia pneumatológica y la institucional, como es el caso de Ignacio de Antioquía que asumía su cargo episcopal como un carisma del Espíritu al servicio de la Iglesia.

Testigo de esta unión de lo carismático y lo jerárquico en los pastores de las Iglesias es también *Ireneo de Lyon*, quien afirma que éstos son depositarios del carisma de la verdad, lo que exige la adhesión de los fieles, si quieren mantenerse dentro de la verdadera Iglesia:

Hay que obedecer a los presbíteros que están en la Iglesia, a saber, a los que son sucesores de los apóstoles y que juntamente con su sucesión en el episcopado han recibido por voluntad del Padre el carisma seguro de la verdad. En cambio, hemos de sospechar de aquellos que se separan de la línea sucesoria original, reuniéndose en cualquier lugar... Por el contrario, como acabamos de decir, hay que adherirse a los que conservan la doctrina de los apóstoles y a los que dentro del orden presbiteral hablan palabras sanas y viven irreprochablemente para ejemplo y enmienda de los demás... Así pues, allí donde han sido depositados los carismas de Dios, allí hay que ir a aprender la verdad, es decir, de los que tienen la sucesión eclesial que viene de los apóstoles, de los que consta que tienen una vida sana e irreprochable y una palabra no adulterada ni corrupta...<sup>70</sup>.

67. TACIANO el SIRIO, *Discurso contra los griegos*, 13.

68. *Ibid.*

69. *Ibid.*, 15.

70. IRENEO de LYON, *Adversus Haereses*, IV, 26, 2.

A mediados del s. II aparecen en el seno de la Iglesia dos corrientes que, entre otras cosas, atentan por exceso o por defecto contra la acción del Espíritu, que se pretende desviar a un extremo u otro. Los obispos ejercen allí su carisma de discernimiento, pues se encuentran en la obligación ineludible de discernir el Espíritu de Dios de las manifestaciones extravagantes donde algunos pretendían ver su presencia.

### a. Gnosticismo: herejía por defecto. Ireneo de Lyon

El gnosticismo, corriente heterodoxa dualista, establecía entre Dios y el mundo una serie de intermediarios engendrados por el primer Padre, entre los que se encontraban el hombre y la Iglesia. En este sistema la Iglesia perdía toda significación histórica y el mismo Espíritu era una emanación de la Iglesia<sup>71</sup>. Las tradiciones secretas de la *gnosis* no estaban abiertas a todos, sino que se reservaban para los iniciados, a quienes se las transmitían testigos cualificados, ajenos a la jerarquía eclesial:

Cuando a los herejes se les arguye con las Escrituras, se ponen a atacar las mismas Escrituras, afirmando que están corrompidas o que no son auténticas, o que no concuerdan, pretendiendo que no se puede sacar de ellas la verdad a no ser que uno conozca la tradición que no fue transmitida por escrito, sino de viva voz...

Cuando ellos hablan de "sabiduría", cada uno se refiere a la que él mismo por su cuenta se ha inventado, es decir, el fruto de su imaginación; y así, según ellos, no hay nada que objetar a que la verdad esté algunas veces en Valentín, y otras en Marción, y otras en Cerinto... Cada uno de éstos, en un colmo de perversión, no se avergüenza de *predicarse a sí mismo* (2Co 4, 5) haciendo caso omiso de la regla de la verdad. Si, por el contrario, apelamos a la tradición que viene de los apóstoles y que se conserva en las Iglesias por la sucesión de los presbíteros, entonces ellos se oponen a esta tradición, afirmando que ellos saben más no sólo que los presbíteros; sino aun que los mismos Apóstoles; pues ellos han encontrado la verdad pura... sin lugar a dudas y sin ninguna contaminación ni impureza, han llegado a conocer el *misterio escondido*. Tal es la suma imprudencia con que blasfeman del Creador. En realidad, lo que sucede es que no están de acuerdo ni con la Escritura ni con la Tradición<sup>72</sup>.

Dentro de la Iglesia los gnósticos distinguían tres tipos de hombres: los *hilicos* o materializados que de antemano estaban destina-

71. Cf. *Ibid.*, I, 1, 2.

72. *Ibid.*, III, 2, 1.

dos a la perdición; los *pneumáticos* o espirituales, cuya salvación estaba asegurada, y los *psíquicos*, que podían alcanzar su salvación por el ejercicio de su libertad<sup>73</sup>.

A la "falsa gnosis" que era el gnosticismo se opusieron Justino, cuyas obras antignósticas se han perdido, e Ireneo de Lyon. Ireneo se levantó contra la serie torrenciosa de *eones* intermediarios que desembocaba en la Iglesia y el Espíritu, y reintegró a este último al misterio mismo de Dios, afirmando la unidad del Espíritu y del Hijo con el Padre antes de toda creación:

Una cosa es efectivamente el hálito de vida, que hace también al hombre dotado de alma; y otra el Espíritu vivificante (cf. *1Co* 15, 45), que lo perfila además espiritual. Y por eso anuncia Isaías (42, 5): *Así dice el Señor que hizo el cielo y lo fijó, que consolidó la tierra y cuanto hay en ella, y dio hálito al pueblo que la habita y Espíritu a los que la huellan*. El hálito, según él, fue otorgado en común a todos los pueblos de la tierra; el Espíritu, en propiedad, a quienes huellan las codicias terrenas. El mismo Isaías torna a decir, volviendo sobre la distinción (57, 16): *Porque el Espíritu saldrá de mí, y yo creé todo hálito*. Asigna en propiedad a Dios el Espíritu —el cual derramó en los tiempos novísimos (cf. *Hch* 2, 17) sobre el linaje humano mediante la adopción de hijos—, y en común al mundo creado, el hálito, manifestándole como hechura.

Ahora bien, lo hecho es otra cosa del que hace. El hálito es, pues, temporal, mientras el Espíritu es sempiterno. El aliento tarda poco en madurar, persevera algún tiempo, y tras esto se va, dejando sin hálito aquello que primero contenía. El Espíritu, por el contrario, que rodea por dentro y por fuera al hombre, como quien siempre dura, jamás le abandona... En consecuencia, así como quien se convirtió en alma viviente (el hombre), al declinar a lo peor, perdió la vida, así de nuevo el propio interesado, al erigirse a lo mejor, asumiendo el Espíritu vivificante, encontrará la vida<sup>74</sup>.

El Hijo y el Espíritu en la obra de la creación son "las dos manos de Dios", por medio de las cuales el Padre actúa, y que contribuyen durante todo el desarrollo histórico de la economía salvífica:

Dios será glorificado en la obra de sus manos, pues la hará uniforme con su Hijo y semejante a él. Porque mediante las manos del Padre, es decir, mediante el Hijo y el Espíritu, el hombre entero, y no sólo una parte del hombre, es hecho a semejanza de Dios. El alma, o el espíritu, serán una parte del hombre, pero no son el hombre entero. El hombre completo es un

73. Cf. *Ibid.*, I, 6, 1; CLEMENTE de ALEJANDRÍA, *Excerpta ex Theodoto*, 50, 61.

74. IRENEO de LYON, *Adversus Haereses*, V, 12, 2; cf. I, 22, 1.

compuesto y una unión del alma, que recibe en sí el Espíritu del Padre, combinada con la carne que ha sido modelada según la imagen de Dios...<sup>75</sup>.

Ireneo rechaza la división triple que los gnósticos hacen entre los hombres y recusa la oposición entre *psíquicos* y *pneumáticos*, pues todos los creyentes reciben el Espíritu Santo con la diversidad de sus dones:

Por eso también dice el Apóstol (1Co 2, 6): *Entre los perfectos hablamos sabiduría*. Llama perfectos a quienes han recibido el Espíritu de Dios y hablan todas las lenguas en su virtud; como hablaba asimismo él, y según también hemos oído de muchos hermanos que en la Iglesia poseen carismas proféticos y por el espíritu se expresan en todas las lenguas y descubren para común utilidad los secretos de los hombres (cf. 1Co 12, 7) y declaran los misterios de Dios. El Apóstol los denomina también *espirituales* (cf. 1Co 2, 15; 3, 1). Espirituales porque participan en el Espíritu, no porque les falte o les hayan sustraído la carne y sean puro espíritu. Al sustraerles la sustancia de la carne, del plasma, y entender desnudamente el espíritu puro, tales individuos ya no serían hombre espiritual, sino espíritu de hombre o espíritu de Dios. Uniéndose en cambio este espíritu, mezclado con la *psique* al plasma, da lugar, merced a la efusión del Espíritu, al hombre espiritual y perfecto. Tal es el *creado a imagen y semejanza de Dios* (cf. Gn 1, 26)<sup>76</sup>.

El Espíritu que se había manifestado en el bautismo de Jesús, se derramó sobre los Apóstoles en Pentecostés y les confió la misión de hacer discípulos a todas las naciones y reunirlos en la unidad:

Los Apóstoles dijeron la verdad, a saber que *el Espíritu Santo en forma de paloma descendió sobre él* (Mt 3, 16), el mismo Espíritu del que dijo Isaías: *y descansará sobre él el Espíritu de Dios* (Is 11, 2), así como: *El Espíritu del Señor sobre mí: por esto me ha ungido* (Is 61, 1)...

El mismo Espíritu es el que Lucas dice que descendió sobre los discípulos después de la ascensión del Señor el día de Pentecostés, con poder para que todas las naciones entraran en la Vida y para abrir el Nuevo Testamento. Y por esto en todas las lenguas los discípulos entonaban a una himno a Dios, siendo el Espíritu el que reducía a unidad las razas disgregadas y el que ofrecía al Padre las primicias de todas las naciones<sup>77</sup>,

de donde Ireneo infiere su luminosa intuición de que el Espíritu se encuentra allí donde está la Iglesia, y que ésta abarca hasta donde se manifiesta el Espíritu:

75. Ibid., V, 6, 1: cf. *Demostración*, 11.

76. Ibid., *Adversus Haereses*, V, 6, 1.

77. Ibid., III, 17, 1.

Esta fe que la Iglesia ha recibido, nosotros la custodiamos, y es como un licor exquisito que se guarda en un vaso de calidad y que, bajo la acción del Espíritu de Dios, se rejuvenece constantemente y hace rejuvenecer al mismo vaso en que está colocado. Porque, en efecto, a la Iglesia ha sido confiado este don de Dios a la manera como Dios confió su soplo al barro modelado, a fin de que al recibirlo todos los miembros recibieran la vida; y con este don va implicada la transformación en Cristo, es decir, el Espíritu Santo, que es prenda de incorrupción, fuerza de nuestra fe y escala por la que subimos hasta Dios. Porque, dice Pablo (1Co 12, 28): *Dios puso en su Iglesia apóstoles, profetas y doctores* y todas las demás manifestaciones de la acción del Espíritu, del cual no participan quienes no se acogen a la Iglesia. Estos se engañan a sí mismos y se excluyen de la vida por sus doctrinas malas y sus acciones perversas.

Porque donde está la Iglesia, allí está el Espíritu de Dios; y donde está el Espíritu de Dios, allí está la Iglesia; y la Iglesia de todos los dones de lo alto está donde está el Espíritu Santo, que es la verdad. Por esto, los que no participan del Espíritu, ni van a buscar el alimento de la vida en los pechos de su madre (la Iglesia), ni reciben nada de la limpísima fuente que brota del Cuerpo de Cristo, sino que por el contrario *ellos mismos se construyen cisternas agrietadas* (Jr 2, 13) hurgando la tierra, y beben el agua maloliente del fango, al querer escapar a la fe de la Iglesia por temor de equivocarse, rechazan el Espíritu, y así no pueden recibir enseñanza alguna<sup>78</sup>.

Pues todos éstos (los herejes gnósticos) son muy posteriores a los obispos, a quienes los Apóstoles consignaron las Iglesias. Por ser asimismo posteriores a la verdad, los antedichos herejes vense en la precisión de tomar un camino y otro, apartándose del verdadero; y por eso las huellas de su doctrina se hallan en dispersión sin consonancia ni lógica. En cambio, la senda de los hijos de la Iglesia rodea al mundo universo en posesión de la firme tradición de los Apóstoles, y nos ofrece el espectáculo de una sola y misma fe en todos. Todos dan acogida al único y mismo Dios Padre y dan fe a la misma economía de la Encarnación del Hijo de Dios, y conocen la misma donación del Espíritu, y se ejercitan en los mismos preceptos, y custodian la misma forma en la ordenación de la Iglesia, y aguardan el mismo advenimiento del Señor, y esperan la misma salud de todo el hombre, en cuerpo y alma. Es ciertamente verdadera y firme la predicación de la Iglesia, cuando en ella se da a conocer por todo el mundo una sola y misma vía de salvación. A ella, en efecto, se le confió la lumbré de Dios. Por eso la "sábiduría" de Dios, mediante la cual salva a los hombres, *se canta en los caminos, actúa confiadamente en las plazas, es anunciada en lo alto de las murallas, y habla con osadía en las puertas de la ciudad* (Pr 1, 20-21). Pues en todas partes anuncia la Iglesia la verdad, y ella es el lucernario de las siete mechas (cf. Ex 25, 31.37), portador de la lumbré de Cristo<sup>79</sup>.

78. Ibid., III, 24, 1.

79. Ibid., V, 20, 1.

Aunque en el seno de la Iglesia se dé la diversidad, de hecho tiende a progresar en el conocimiento de las Escrituras y en la perfección de acuerdo al Evangelio. En esto el Espíritu Santo juega un papel importantísimo, pues para cada creyente en que inhabita "es prenda de incorrupción, fuerza de nuestra fe y escala por la que subimos a Dios"<sup>80</sup>, que le conduce al Hijo y le eleva hasta el Padre:

En su amor, en su bondad para con los hombres y en su omnipotencia, Dios concede esto a los que lo aman, es decir, que lo vean: esto es lo que anunciaban los profetas, porque *lo que es imposible a los hombres es posible para Dios* (Lc 18, 27). Porque el hombre por sí mismo no verá a Dios; pero si Dios quiere, puede hacerse visible a los hombres, a los que quiera, cuando quiera y como quiera. Dios lo puede todo: y así fue visto entonces proféticamente por medio del Espíritu, y ha sido visto según la adopción por medio del Hijo, y será visto según su paternidad en el reino de los cielos, ya que el Espíritu prepara al hombre para hacerlo hijo de Dios, y el Hijo lo lleva al Padre, y el Padre le da la incorrupción y la vida eterna, cosas todas que resultan a cada uno del hecho de ver a Dios<sup>81</sup>.

Ireneo puntualiza que gracias al Espíritu la Iglesia es un continuo Pentecostés, y con el Espíritu en su seno puede cumplir su misión de reunir a los pueblos dispersos y ofrecer al Padre la primicia de todas las naciones. Este Pentecostés continuo se realiza por la donación del Espíritu a todos los que participan de Cristo por el bautismo, en el cual Jesús comunica a sus fieles el agua viva que antaño dio a la samaritana y que él mismo recibió del Padre:

Por esta razón el Señor prometió que enviaría al Paráclito que nos hiciese conformes con Dios. Porque así como con el trigo seco no se puede hacer una masa compacta ni un único pan si no es con el agua, así tampoco nosotros, que somos muchos, podíamos hacernos uno en Cristo Jesús sin esta Agua que viene del cielo... Porque nuestros cuerpos, por aquel baño (el bautismo), adquirieron aquella unidad que los hace incorruptibles; pero las almas la han recibido por el Espíritu. Por esto nos son necesarios uno y otro, ya que uno y otro procuran la vida de Dios.

El Señor se compadeció de aquella samaritana pecadora, que no fue fiel a su único marido, sino que fue adúltera de muchas uniones: y le mostró y prometió el agua viva, para que ya no tuviera más sed, ni anduviera ocupada sacando laboriosamente el agua, sino que tuviera dentro de sí una fuente que brotara hasta la vida eterna. Este es el don que el Señor recibió del Padre, y él a su vez lo entregó gratuitamente a los que participan de él, enviando por toda la tierra el Espíritu Santo...

80. Ibid., III, 24, 1.

81. Ibid., IV, 20, 5; cf. V, 36, 1.

Sobre todo el mundo se posará el rocío que es el Espíritu de Dios, el cual se posó sobre el Señor. *Espíritu de sabiduría y de inteligencia, Espíritu de consejo y de fortaleza, Espíritu de ciencia y de piedad, Espíritu de temor de Dios* (Is 11, 2-3). Este es el Espíritu que a su vez dio el Señor a la Iglesia, enviando desde el cielo el Paráclito a todo el mundo...<sup>82</sup>.

Como corolario de la reacción de Ireneo frente al gnosticismo podemos decir que para él la fe o la verdadera gnosis es pneumática y tradicional a la vez. La Iglesia, animada por el impulso que le confiere el Espíritu Santo, descubre la unidad de la fe en la fidelidad a la tradición, por lo que no puede existir entre carisma e institución ninguna dicotomía; es decir que ambas, la Iglesia institucional y la Iglesia pneumática, son portadoras del Espíritu.

### ***b. Montanismo: herejía por exceso. Reacción eclesial***

La abundancia de carismas y el papel que se les atribuía, en particular al carisma profético, explica el fenómeno de explosión mística, constituido por visiones y profecías, que sacudió a la Iglesia en el s. II, encarnándose en formas anárquicas y heterogéneas.

Por el 155-156 en Frigia (Asia Menor) aparece *Montano*, un sacerdote pagano de la diosa Cibeles quien, convertido al cristianismo, se presentaba como sujeto de crisis extáticas espectaculares, considerándose a sí mismo y predicándose a la gente como instrumento del Espíritu Santo para llevar a la Iglesia a su perfección. Montano se hacía acompañar de dos mujeres, Maximila y Priscila, consideradas como dotadas del don de profecía.

Hacia el 172 las advertencias proféticas emitidas por Montano obtuvieron una atención acogedora por parte del pueblo y se formó un grupo a su alrededor. Eusebio nos testimonia:

Justamente en esta época, en la región frigia, los discípulos de Montano, de Alcibiades y de Teodoto, comenzaron a ser tenidos por profetas por muchas personas. El gran número de maravillas que realizaba hasta ese momento en diversas iglesias el carisma divino, indujo a muchos a creer que aquellos también profetizaban<sup>83</sup>,

y de hecho, ese mismo año la comunidad de Tiatira se pasó en pleno al montanismo.

82. *Ibid.*, III, 17, 1.

83. EUSEBIO de CESAREA, *Historia Eclesiástica*, V, 3, 4.

Montano se presentaba como la encarnación del Espíritu y el Paráclito de una nueva revelación que pretendía superar todas las anteriores. Sustituía la autoridad de la Iglesia por la docilidad al Espíritu Santo, que se apodera de sus escogidos y se manifiesta portentosamente<sup>84</sup>. El movimiento auspiciado por él se caracterizaba principalmente por la importancia que concedía a las visiones y revelaciones, de contenido esencialmente escatológico. Habiendo inaugurado Montano los tiempos del Paráclito, su predicación se inclinó hacia un rigorismo moral exagerado, donde los fieles debían apartarse de las costumbres introducidas en las comunidades cristianas y aun sancionadas por la autoridad eclesiástica, y ejercitarse en una mortificación intensa, concretada en la renuncia al matrimonio y en el ayuno riguroso practicado tres días a la semana. Existía la prohibición expresa de huir ante la posibilidad del martirio y aun había que desearlo ardientemente, lo cual excluía el esconderse en caso de persecución. Este rigorismo se extendió también al campo penitencial, al admitir que la Iglesia tenía posibilidad de perdonar pecados menores, pero no debía hacer uso de este poder para no fomentar la relajación, a la vez que le negaba el poder sobre los pecados capitales, como la apostasía, el homicidio y el adulterio. Como consecuencia de todos estos principios, la Iglesia quedaba compuesta por dos categorías de hombres: los *pneumáticos* (espirituales) o montanistas y los *psíquicos* o católicos.

El montanismo o "nueva profecía" cobró auge con prontitud y alcanzó gran extensión en Oriente y Occidente. En Frigia multitudes se concentraban en la llanura de Pepuza donde, según Montano, había que esperar la venida de Cristo, a pesar de la oposición de Apolinar de Hierápolis desde el 171<sup>85</sup>. En el 177 los cristianos de Lyon y Vienne en la Galia dan aviso del avance de la herejía al enviar a Ireneo a Roma para que hablara al papa Eleuterio (175-189) sobre la nueva corriente profética. Hacia el 193-196 ya se había extendido por toda el Asia Menor, lo cual suscitó las refutaciones de Apolonio<sup>86</sup>, y continuó ganando terreno en otras regiones, siendo a su vez combatido por Serapión de Antioquía<sup>87</sup>.

84. Cf. *Ibid.*, V, 14.

85. *Ibid.*, V, 16, 1.

86. *Ibid.*, V, 18, 1, 14.

87. *Ibid.*, V, 19, 1.

En África el montanismo captó la atención de *Tertuliano* quien, ingresado a la secta, transformó un poco su doctrina, quitándole lo que tenía de colorido local y personal y dándole una validez más universal, llegando a constituir una nueva corriente dentro del movimiento: el tertulianismo. Tertuliano desarrollará la concepción de una iglesia pneumática opuesta a la institucional y tradicional, donde la Iglesia se identifica con el Espíritu, que habla y actúa por intermedio de los "espirituales", apóstoles y profetas<sup>88</sup>.

La oposición de la iglesia jerárquica motivó el ensoberbecimiento de los nuevos profetas, como lo asegura Eusebio: "El orgulloso espíritu enseñaba a blasfemar contra la Iglesia católica entera que se extiende bajo el cielo, porque el espíritu pseudoprofético no había tenido ni honor ni entrada en ella"<sup>89</sup>.

Además de Apolinar de Hierápolis, Apolonio y Serapión de Antioquía, dentro de la facción opositora al montanismo podemos citar también al apologeta Milciades, que contra los montanistas aseguraba que la profecía debía acompañar a la Iglesia durante toda su historia hasta el final<sup>90</sup>, e Ireneo de Lyon, quien tuvo el acierto de rechazar la "nueva profecía", pero sin caer en el peligro de concebir y edificar la vida de la Iglesia sin carismas y sin Espíritu Santo.

En efecto, Ireneo testimonia la presencia en la Iglesia de muchos que "gozan de carismas proféticos y que, por la virtud del Espíritu... revelan, para el bien de todos, los secretos de los hombres y exponen los misterios de Dios"<sup>91</sup>, y aunque "otros no aceptan los dones del Espíritu Santo y repelen lejos de ellos el carisma profético por el que el hombre, cuando está invadido por él, produce como fruto la vida de Dios..."<sup>92</sup>, asegura que:

Son verdaderamente desgraciados quienes sostienen que existen falsos profetas y toman pretexto de ello para rechazar la gracia profética en la Iglesia. Se comportan como los que, a causa de las gentes que se hacen hipócritas, se abstienen, incluso, de las relaciones con los hermanos<sup>93</sup>.

No faltaron quienes para oponerse a los montanistas optaron por suprimir el Evangelio de San Juan (los *alogos*), donde se encuen-

88. TERTULIANO, *De pudicitia*, 21, 16-18.

89. EUSEBIO de CESAREA, *Historia Eclesiástica*, V, 16, 1.

90. *Ibid.*, V, 17, 4.

91. IRENEO de LYON, *Adversus Haereses*, V, 6, 1.

92. *Ibid.*, *Demostración*, 99.

93. *Ibid.*, *Adversus Haereses*, III, 11, 9.

tra la promesa del Paráclito. Ireneo, refutándolos, supo dar al Espíritu su sitio en la Iglesia, y reafirmó a la vez el Evangelio y el Espíritu profético<sup>94</sup>. Exaltando al Espíritu como principio vivificador de la fe y de la Iglesia, llegó a afirmar el condicionamiento recíproco entre la fe y la Iglesia, lo cual se patentiza en que allí donde está el Espíritu, también está presente la Iglesia y, a la vez, donde ésta está presente, igualmente se da cita el Espíritu<sup>95</sup>.

Para la condenación del montanismo habrá que esperar al papa Ceferino (197-217) quien, después de haber simpatizado durante algún tiempo con esta corriente heterodoxa, al fin optó por condenarla claramente.

### Primeras reflexiones teológicas: s. III

A finales del s. II, Ireneo de Lyon en su *Demostración de la Predicación Apostólica* presenta una confesión de fe en la que se expresa una verdadera catequesis:

Estando la fe íntimamente ligada a nuestra salvación, hemos de cuidarla con gran esmero, a fin de que tengamos una inteligencia verdadera de lo que existe. Esto es lo que nos procura la fe, tal como por tradición la hemos recibido de los presbíteros, discípulos de los apóstoles. En primer lugar, ella nos recomienda acordarnos de que hemos recibido el bautismo para remisión de los pecados en el nombre de Dios Padre y en el nombre de Jesucristo, el Hijo de Dios encarnado, muerto y resucitado, y en el Espíritu Santo de Dios...<sup>96</sup>,

y aclara:

Por esta razón, nuestro nuevo nacimiento, el bautismo, se realiza por estos tres artículos, y nos otorga el nuevo nacimiento en Dios Padre, por medio de su Hijo en el Espíritu Santo. Porque los que llevan el Espíritu de Dios son conducidos al Verbo, es decir, al Hijo; el Hijo los presenta al Padre, y el Padre les confiere la incorruptibilidad. Así pues, sin el Espíritu no es posible ver al Hijo de Dios, y sin el Hijo nadie tiene acceso al Padre, ya que el conocimiento del Padre es el Hijo, y el conocimiento del Hijo se obtiene por medio del Espíritu Santo. En lo que se refiere al Espíritu, según el beneplácito del Padre lo dispensa el Hijo, como ministro, a quien el Padre quiere y como el Padre quiere<sup>97</sup>,

94. Ibid.

95. Ibid., III, 24, 1.

96. Ibid., *Demostración*, 3.

97. Ibid., 7.

lo cual testimonia el uso de la afirmación trinitaria que ya era patrimonio de la Iglesia desde tiempos de San Pablo, y señala al Hijo como "ministro" del Padre en la donación del Espíritu, sin que Ireneo dé un paso más en lo referente a la persona de este último.

Corresponde al s. III el inicio de una reflexión pneumatológica seria, que sin abandonar el testimonio de la presencia y la acción del Espíritu en la vida de la Iglesia, busca iluminar la comprensión del misterio trinitario donde, como es lógico, está incluido el Espíritu Santo.

**Orígenes**, el gran maestro alejandrino, a mediados del s. III testimonia la permanencia de los dones del Espíritu en el seno de la Iglesia: "Siempre existen entre los cristianos huellas de este Espíritu Santo que apareció bajo la forma de una paloma. Ellos expulsan los espíritus malos, realizan curaciones, ven con antelación determinados acontecimientos según la voluntad del *Logos*"<sup>98</sup>.

Con respecto al Espíritu atestigua que es increado:

Hasta ahora no he hallado pasaje alguno de las Escrituras que sugiera que el Espíritu Santo sea un ser creado, ni siquiera en el sentido en qué, como he explicado, habla Salomón de que la Sabiduría es creada (cf. *Pr* 8, 22), o en el sentido en que como dije, han de entenderse los apelativos del Hijo como "vida" o "palabra". Por tanto, concluyo que el Espíritu de Dios que *se movía sobre las aguas* (*Gn* 1, 2) no es otro que el Espíritu Santo. Esta parece ser la interpretación más razonable: pero no hay que mantenerla como fundada directamente en la narración de la Escritura, sino en el entendimiento espiritual de la misma<sup>99</sup>,

considerándolo a su vez como una persona, no simplemente como una fuerza o actividad de Dios:

*El Espíritu sopla donde quiere* (*Jn* 3, 8). Esto significa que el Espíritu es un ser sustancial, no, como algunos pretenden, una simple actividad de Dios sin existencia individual. El Apóstol, después de enumerar los dones del Espíritu, prosigue: *Y todas estas cosas proceden de la acción de un mismo Espíritu, que distribuye a cada individuo según su voluntad* (*1Co* 12, 11). Por tanto, si actúa, quiere y distribuye, es un ser sustancial activo, y no una mera actividad...<sup>100</sup>.

98. ORÍGENES de ALEJANDRÍA, *Contra Celso*, I, 46.

99. *Ibid.*, *Sobre los Principios*, I, 3, 3.

100. *Ibid.*, *Fragmentos sobre Juan*, 37.

Siendo persona e increado, naturalmente existió siempre en el seno trinitario: "El Espíritu mismo está en la ley y en el Evangelio: él está eternamente con el Padre y el Hijo, y como el Padre y el Hijo existe siempre, existió y existirá"<sup>101</sup>, pero no se atrevió a opinar sobre si es engendrado o no: "Después de la Ascensión, el Espíritu Santo es asociado al Padre y al Hijo en honor y dignidad. Pero acerca de él no podemos decir claramente si ha de ser considerado como engendrado o inengendrado, o si es o no Hijo de Dios"<sup>102</sup>.

Con respecto a la procedencia del Espíritu, Orígenes es el primer escritor griego que afirma con claridad la procesión divina del Espíritu Santo del Hijo. Para él el Espíritu debe al Hijo lo que es, su ser y sus atributos divinos:

Si es verdad que las cosas fueron hechas por él (Hijo), hay que examinar si el Espíritu fue hecho por él... nosotros, que estamos persuadidos de que hay tres realidades subsistentes, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, y creemos que ningún otro fuera del Padre es sin origen, sostenemos, por más conforme a la piedad y por verdadero, que si todas las cosas fueron hechas por el Verbo, el Espíritu Santo tiene más dignidad que todas las cosas, y que es de un rango superior a todo lo que es hecho por el Padre por Cristo. Y esta es quizás la causa por la cual no lleva, él también, el nombre de Hijo de Dios, porque sólo el Hijo único es, desde el comienzo, Hijo por naturaleza, y parece que el Espíritu Santo tiene necesidad de un intermediario para subsistir (individualmente), y no sólo para existir, sino también para ser sabio, inteligente, justo, y todo lo que es menester pensar que es, puesto que participa de los atributos que hemos enumerado de Cristo<sup>103</sup>.

Esta inclusión del Espíritu entre lo hecho por el Verbo causará serios problemas en el siglo siguiente, aunque hay que aclarar que en el pensamiento de Orígenes si el Espíritu es producido por el Padre por intermedio del Hijo, no lo es a la manera de las criaturas, sino que lo que busca subrayar es la necesidad que el Espíritu Santo tiene del Hijo para recibir la naturaleza divina.

Para Orígenes el Espíritu Santo es el Espíritu del Padre, porque procede del Padre, y a la vez es el Espíritu del Hijo, estando su actividad limitada a aquellos que son discípulos de Jesús:

La operación del Espíritu Santo de ninguna manera alcanza a las cosas inanimadas, ni a los animales que no tienen habla; ni siquiera puede discernirse en los que, aunque dotados de razón, se entregan a la maldad y no

101. Ibid., *Comentario sobre Romanos*, 6, 7.

102. Ibid., *Sobre los Principios*, Prefacio, 4.

103. Ibid., *Comentario sobre S. Juan*, II, 73. 75-76.

están orientados hacia las cosas mejores. En suma; la acción del Espíritu Santo está limitada a los que se van orientando a las cosas mejores y andan por los caminos de Cristo Jesús, a saber, los que se ocupan de buenas obras y permanecen en Dios<sup>104</sup>,

sobre los que derrama sus dones espirituales:

Supongo que del Espíritu Santo se puede decir que proporciona lo que podríamos llamar la materia de los dones espirituales de Dios a los que reciben el nombre de santos a través de él y por participación de él: esta materia actúa a partir de Dios, siendo administrada por el Verbo y existiendo a causa del Espíritu Santo. Me mueven a hacer esta suposición las palabras de San Pablo acerca de los dones espirituales: *Hay dones diferentes, pero uno es el Espíritu; y hay diferentes administraciones, pero uno es el Señor; y hay diferentes acciones, pero uno es Dios que da la actividad a todas las cosas (1Co 12, 4ss.)*<sup>105</sup>.

Orígenes presenta la vida del cristiano como un Pentecostés continuo, donde por medio de la oración recibimos el Espíritu Santo que, por otra parte, concede a los fieles la penetración del "sentido espiritual" de las Escrituras que él mismo ha inspirado: "Como los Apóstoles, nos es necesario subir a la cámara de arriba para hacernos dignos, mediante el recogimiento y la oración, de recibir el Espíritu de lo alto en lenguas de fuego"<sup>106</sup>.

Esta asistencia del Espíritu, necesaria para la comprensión de las Escrituras, es materia de oración en la que se debe pedir insistentemente:

Pidamos al Señor, pidamos al Espíritu Santo, a fin de que se digne despejar toda sombra, toda tiniebla, que por razón de nuestros pecados podría oscurecer nuestra mirada; que él nos conceda una inteligencia espiritual y maravillosa de la ley, conforme a la palabra de aquel que ha escrito: "Ábreme los ojos y contemplaré las maravillas de tu ley"<sup>107</sup>.

*Hipólito de Roma*, en el prólogo de la *Traditio Apostólica*, que era la continuación de un tratado sobre los carismas, afirma que el Espíritu Santo asegura la conservación de la tradición: "El

104. *Ibid.*, *Sobre los Principios*, I, 3, 5.

105. *Ibid.*, *Comentario sobre S. Juan*, II, 10.

106. *Ibid.*, *Contra Celso*, VIII, 22.

107. *Ibid.*, *Homilias sobre el Levítico*, 1.

Espíritu Santo que confiere a los que tienen una fe recta la gracia perfecta de saber cómo deben enseñar y guardar todo los que están a la cabeza de la Iglesia”<sup>108</sup>.

Esta tradición asegurada por el Espíritu refuta las herejías y se desarrolla en el seno de la Iglesia, y así como se va dando una sucesión de los ministros que guían y enseñan a la comunidad, también se da como una especie de sucesión o de transmisión del Espíritu:

Nadie refutará todo esto (sectas filosóficas) si el Espíritu Santo no es transmitido a la Iglesia. Habiéndolo recibido los Apóstoles en primer lugar, lo comunicaron a los que tenían una fe recta. Nosotros que somos sus sucesores, que participamos de la misma gracia del sacerdocio y de la enseñanza y que somos contados como los guardianes de la Iglesia, no cerramos los ojos ni mantenemos la palabra en silencio... Nosotros cumpliremos con nuestro deber cada uno a su tiempo y haremos que todos participen ampliamente de las gracias que el Espíritu nos concederá<sup>109</sup>.

Esta presencia del Espíritu en la Iglesia impele a Hipólito a recomendar vivamente a los fieles la asistencia a la asamblea donde el Espíritu produce sus frutos: “De haber una catequesis oral, con preferencia, asistirá y escuchará la palabra de Dios para consuelo y fortaleza de su alma. Sólícito y presuroso, acudirá a la Iglesia, porque allí florece el Espíritu”<sup>110</sup>.

**Novaciano**, sacerdote romano, por su parte, trató de agrupar y relacionar los textos de la Escritura relativos a la acción del Espíritu Santo. Si en el Antiguo Testamento su efusión se había anunciado, se cumplió sin embargo en Pentecostés, cuando descendió sobre los Apóstoles, “antafío prometido a la Iglesia, pero donado en las circunstancias preestablecidas de los tiempos”<sup>111</sup>.

Es el único e idéntico Espíritu el que actúa en los profetas y en los apóstoles, salvo que en aquellos eventualmente, y en éstos siempre. Por lo demás, allí no con el propósito de estar en ellos siempre; en éstos para morar siempre en ellos. Y allí distribuido limitadamente, aquí en una total efusión; allí otorgado con parsimonia, aquí concedido con largueza... El mismo Espíritu por medio de los profetas acusó al pueblo, y por los apóstoles ofre-

108. HIPÓLITO de ROMA, *Tradición Apostólica*, Prólogo, 4.

109. *Ibid.*, *Philosophoumena*, I, Prefacio, 6.

110. *Ibid.*, *Tradición Apostólica*, 35.

111. NOVACIANO, *De Trinitate*, 29, 163.

ció su invitación a todos los gentiles. Porque aquellos se merecían la acusación, ya que habían despreciado la ley<sup>112</sup>.

Este Espíritu derramado en los Apóstoles y en la Iglesia, obra en sus miembros iluminándolos, fortaleciéndolos y santificándolos:

(El Espíritu Santo) es el que consolidó las voluntades y mentes de los Apóstoles; el que les aclaró los misterios del Evangelio; el que iluminó en ellos las realidades divinas, y por él robustecidos no temieron cadenas ni cárceles por el nombre del Señor. Más aún, incluso pisotearon los poderes del mundo y sus tormentos, armados y fortalecidos ya por medio de él, poseyendo en sí mismos los dones que este mismo Espíritu dio y dispuso como ornato para la Iglesia esposa de Cristo. En efecto, el Espíritu Santo es el que suscita profetas en la Iglesia, enseña a los maestros, controla el don de lenguas, realiza prodigios y curaciones, opera obras maravillosas, da el discernimiento de los espíritus, orienta las acciones de gobierno, sugiere los consejos y organiza y distribuye todo aquello que sea don carismático. De este modo hace a la Iglesia del Señor perfecta y acabada en todo esto y por todo<sup>113</sup>,

e inspira todo buen propósito y la fidelidad a la verdad:

(El Espíritu Santo) ha dado testimonio de Cristo en los apóstoles, muestra la constante fidelidad de la religión, en las vírgenes sella la admirable castidad del amor consagrado, en otros custodia inalterados e incontaminados los principios de la doctrina del Señor, destruye a los herejes, corrige a los extraviados, refuta a los infieles, desenmascara a los hipócritas, corrige a los malos y custodia a la Iglesia incorrupta e inviolada en la santidad de la virginidad perpetua y de la verdad<sup>114</sup>.

El Espíritu que obra en la Iglesia es el mismo que había descendido sobre Jesús en el momento de su bautismo:

(El Pneuma) es el que bajo forma de paloma, después que Cristo fue bautizado, vino y se posó sobre él, habitando plena y totalmente solo en Cristo, sin merma de cantidad o parte alguna, sino administrado concentradamente con toda su superabundancia, de suerte que todos los demás puedan obtener de él un cierto disfrute de gracias, quedando en Cristo permanentemente la fuente de todo el Espíritu Santo, para que de él fluyeran los ríos de los dones y de las obras, mientras que el Espíritu Santo habita en Cristo de modo abundante. Realmente esto lo decía ya Isaias profetizando: *Y reposa, dice, sobre él el espíritu de sabiduría y de inteligencia, el espíritu de consejo y de potencia, el espíritu de ciencia y de piedad y le llenó el espíritu de temor de Dios (Is 11, 2-3)*. Y exactamente lo mismo

112. *Ibid.*, 29, 164-165.

113. *Ibid.*, 29, 167.

114. *Ibid.*, 29, 172.

afirma en otro lugar hablando en el nombre del mismo Señor: *El Espíritu del Señor* (está) *sobre mí, porque me ha ungió y me ha enviado a evangelizar a los pobres* (Is 61, 1). De modo análogo David: *Por eso te ungió Dios, tu Dios, con óleo de alegría ante tus compañeros* (Sal 44, 8). Y sobre esto mismo el apóstol Pablo: *El que no tiene el Espíritu de Cristo, no le pertenece* (Rm 8, 9), y: *Donde está el Espíritu del Señor, allí está la libertad* (2Co 3, 17)<sup>115</sup>,

por lo que sólo él puede concederlo: "El Espíritu fue prometido por medio del profeta Joel, pero fue dado por medio de Cristo: *En los últimos días, dice, derramaré de mi Espíritu sobre mis siervos y mis siervas* (Jl 2, 28)<sup>116</sup>.

Cristo dio su Espíritu a los Apóstoles solamente después de su resurrección de entre los muertos y por medio de ella:

El Espíritu no fue dado antes de la resurrección del Señor. En efecto, decía: *Rogaré al Padre y les dará otro abogado para que permanezca con ustedes eternamente, el Espíritu de la verdad* (Jn 14, 16-17a); y: *cuando venga el abogado que yo les enviaré desde mi Padre, el Espíritu de la verdad que procede de mi Padre* (id. 15, 26); y: *si yo no me marchó no vendrá a ustedes el Abogado, mas si me voy, se lo enviaré* (id. 16, 7); y: *cuando venga el Espíritu de la verdad, él los guiará a toda la verdad* (id. 16, 13). Y dado que el Señor se iba a marchar al cielo, oportunamente daba a los discípulos el Paráclito para no dejarlos en cierto modo huérfanos, lo que no convenía en absoluto, y para no abandonarlos sin protector y, por decirlo así, sin tutor<sup>117</sup>,

y lo concede a cada fiel en el momento del bautismo: "El Espíritu Santo es el que de las aguas opera un segundo nacimiento, siendo como semilla de la generación divina y consagrador de la natividad celestial, prenda de la herencia prometida y como garantía escrita de eterna salvación"<sup>118</sup>, llegando a ser ayuda en el camino de la vida para conducirnos a la inmortalidad:

Actuando así con nosotros, conduce nuestros cuerpos hacia la eternidad y la resurrección de la inmortalidad, mientras por sí mismo los va acostumbrando a mezclarse con la potencia celestial y a asociarse con la divina eternidad del Espíritu Santo. En efecto, en él y por él aprenden nuestros cuerpos a progresar en la inmortalidad, en tanto que aprenden a moderarse con templanza conforme a sus mandamientos. Este es el que expresa deseos contra la carne, ya que la carne se resiste contra él (Ga 5, 17). Este es

115. Ibid., 29, 168.

116. Ibid., 29, 163.

117. Ibid. 29, 166.

118. Ibid., 29, 169.

el que refrena las concupiscencias insaciables, doma los deseos inmoderados, apaga los ardores ilícitos, domina los impulsos ardientes, rechaza las embriagueces, reprime las avaricias, evita las bacanales, anuda los vínculos de la caridad, estrecha los afectos, rechaza las sectas, aclara la regla de la verdad, refuta a los herejes, expulsa a los malos y custodia los Evangelios<sup>119</sup>.

Novaciano no alcanza a expresar la divinidad del Espíritu Santo, que participa de la naturaleza del Padre y del Hijo. Su contribución estuvo en la reunión de los textos escriturísticos, y en haber relacionado los del Antiguo con los del Nuevo Testamento, lo cual es ya un progreso en el desarrollo de la reflexión teológica.

*Tertuliano* puede ser considerado como el gran iniciador, por la parte latina, de la búsqueda para descubrir los caracteres propios del Espíritu y profundizar el tema de su función santificadora, intentando volcarlo en una sistematización más metódica. Su contribución más importante en el campo teológico está en su doctrina sobre la Trinidad. Fue el primero en usar el término *persona*, que pasará a la teología posterior, y de su pluma provienen una serie de expresiones que han pasado a ser lugares comunes del dogma trinitario: *Trinitas*, *tres personas*, *una substantia*, y algunas con las cuales aún hoy profesamos nuestra fe: *Deum de Deo*, *lumen de lumine*.

A pesar de que en él se da a veces cierta ambigüedad cuando parece identificar al Espíritu con la divinidad misma de Cristo, en otros textos da al Espíritu Santo el nombre de *persona*, y con referencia a la confesión de la fe bautismal reconoce al Espíritu como un "tercero" en un solo Dios:

Todo lo que procede de otro ha de ser necesariamente distinto de aquello de lo que procede, pero no ha de estar necesariamente separado. Cuando hay una nueva realidad hay dos realidades; cuando hay una tercera, hay tres realidades. Ahora bien, el Espíritu es una tercera realidad que procede del Padre y del Hijo, como el fruto es una tercera realidad procedente de la raíz y del retoño, y el río es una tercera realidad procedente de la fuente y del arroyo, y el punto de luz es una tercera realidad con respecto al sol y a su rayo. Con todo, nada queda separado de la matriz de la que recibe sus propiedades. De esta suerte la Trinidad procede del Padre en estadios bien trabados y conexos, sin que la defensa de la condición de su "economía" suponga un ataque a su realidad monárquica. Profeso la

119. *Ibid.*, 29, 169-170.

regla de fe por la que declaro que el Padre y el Hijo y el Espíritu son inseparados. Si mantienes esto constantemente, entenderás cómo se ha de entender lo demás<sup>120</sup>.

Las tres personas divinas, en cuyo nombre se confiere el bautismo, son los garantes de nuestra salvación:

Esto no quiere decir que es en el agua donde recibimos el Espíritu Santo, sino que, purificados por el agua, somos preparados por el ministerio del Ángel a recibir el Espíritu. Aquí todavía la figura precede a la realidad; al igual que Juan fue el precursor del Señor preparando sus caminos, igualmente el Ángel que preside en el bautismo traza los caminos para la venida del Espíritu Santo, borrando los pecados por la fe sellada en el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Porque si toda palabra de Dios se apoya en tres testigos, con mucha mayor razón su don. En virtud de la bendición bautismal tenemos como testigos de la fe a los mismos que son garantes de la salvación. Y esta trilogía de nombres divinos es más que suficiente para fundar nuestra esperanza. Y puesto que el testimonio de la fe y la garantía de la salvación tienen como fundamento las tres Personas, necesariamente la mención de la Iglesia se encuentra incluida. Porque allí donde están los Tres, Padre, Hijo y Espíritu Santo, allí se encuentra la Iglesia que es el cuerpo de los Tres<sup>121</sup>.

Aunque las tres Personas están incluidas en la Trinidad:

La herejía de Práxeas piensa estar en posesión de la pura verdad cuando profesa que para defender la unicidad de Dios hay que decir que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son lo mismo. Como si no se pudiera admitir que los tres sean uno por el hecho de que los tres proceden de uno por unidad de sustancia, manteniendo el misterio de la economía divina, que distribuye la unidad en la Trinidad, poniendo en su orden al Padre, al Hijo y al Espíritu. Son tres, no por la cualidad, sino por el orden; no por la sustancia, sino por la forma, no por el poder, sino por el aspecto; pues los tres tienen una sola sustancia, una sola naturaleza y un mismo poder, pues no hay más que un solo Dios; a partir del cual, en razón del rango, la forma y el aspecto, se distinguen en número; no por eso están divididos<sup>122</sup>,

a la vez debe afirmarse la distinción entre las personas en la unidad esencial:

El Hijo promete que, cuando haya subido al Padre, le pedirá que envíe al Paráclito, y lo enviará. Nótese que es "otro"... Además dice: *Él tomará de mí* (Jn 14, 16), como él toma del Padre. De esta forma la conexión entre el

120. TERTULIANO, *Adversus Praxean*, 8-9.

121. *Ibid.*, *De Baptismo*, VI, 1-2.

122. *Ibid.*, *Adversus Praxean*, 2, 3-4.

Padre y el Hijo por una parte, y entre el Hijo y el Paráclito por otra, hace una serie coherente de tres, en la que uno depende de otro. Estos tres son una sola cosa, pero no una sola persona; como está escrito: *Yo y el Padre somos una sola cosa* (id. 10, 30), con referencia a la unidad esencial, no a la individualidad numérica<sup>123</sup>.

Otra afirmación clara de Tertuliano es que el Espíritu Santo es garantía de la tradición de la Iglesia, a quien conduce a la verdad como mayordomo de Dios que es, vicario de Cristo:

Concedámos que todas las Iglesias hayan caído en el error; que el mismo Apóstol se haya equivocado al dar testimonio en favor de algunas. El Espíritu Santo no ha tenido cuidado de ninguna a fin de conducirla a la verdad, aunque para esto había sido enviado por Cristo, para esto había sido pedido al Padre; para que fuera doctor de la verdad. No ha cumplido su deber el mayordomo de Dios, el vicario de Cristo, sino que ha dejado que las Iglesias entiendan a veces una cosa y crean otra cosa distinta de lo que él mismo predicaba por medio de los Apóstoles. ¿Es verosímil realmente que tantas y tan importantes Iglesias hayan andado por el camino del error para encontrarse finalmente en una misma fe? Muchos sucesos independientes no llevan a un resultado único. El error doctrinal de las Iglesias debiera haber llevado a la diversificación. Pero sea lo que fuere, cuando entre muchos se aprecia unanimidad, ésta no viene del error, sino de la tradición. ¿Quién tendrá la audacia de decir que se equivocaron los autores de esta tradición?<sup>124</sup>

En su momento hicimos mención del paso de Tertuliano al montanismo. En este período de su vida su posición rigorista se exacerbó, sobre todo en lo referente a la penitencia y a la facultad de la Iglesia para perdonar pecados, pero sobre el Espíritu Santo no hizo nuevos aportes significativos.

Las referencias de *Cipriano de Cartago* al Espíritu Santo son escasas. En los *Tres libros de los Testimonios* dirigidos a Quirino se limita a citar una idea evangélica sobre el pecado contra el Espíritu: "Que no se puede perdonar en la Iglesia a quien ha delinquido contra el Espíritu Santo"<sup>125</sup>.

123. *Ibid.*, 25.

124. *Ibid.*, *De Praescriptione*, 28, 1-4.

125. CIPRIANO de CARTAGO, *Los tres libros de los Testimonios*, III, 28.

En su obra principal, el *Tratado sobre la Unidad de la Iglesia Católica*, alude a la presencia del Espíritu Santo en la Iglesia, cuyo modo de actuación es modelo de comportamiento para los creyentes:

En la casa de Dios, en la Iglesia de Cristo, se habita por la unanimidad, se persevera por la concordia y la simplicidad. Y por esta razón vino el Espíritu Santo en forma de paloma: ésta es un animal sencillo y alegre, sin amargor de hiel, que no muerde con malicia, ni araña violentamente con las uñas, sino que ama la hospitalidad que le dan los hombres y se siente vinculado a una sola morada; cuando engendra hijos, todos ven la luz a la vez; cuando vuelan, lo hacen todas juntas; hacen su vida en convivencia común y tienen el beso de la boca como señal de la concordia y la paz, de suerte que en todos los detalles cumplen la ley de la unanimidad. Tal es la simplicidad que hay que procurar que sea patente en la Iglesia; tal es la caridad que hay que conseguir: el amor fraterno ha de imitar al de las palomas, y la mansedumbre y la suavidad han de ser semejantes a las de los corderos y ovejas<sup>126</sup>.

En la vida de Cipriano se halla una manifestación del Espíritu, cuando antes de su martirio, en una visión es advertido de que será próximamente arrestado<sup>127</sup>. Este hecho se repite a menudo en las actas de los mártires africanos, donde abundan las manifestaciones extraordinarias del Espíritu. Esta proliferación de visiones y profecías muy probablemente no estaba exenta de influencia montanista.

Por ejemplo en el *Martirio de Perpetua y Felicidad*, el prólogo de las actas presenta como un nuevo Pentecostés del Espíritu estas visiones y profecías:

Así, pues, nosotros, que reconocemos y honramos las nuevas visiones a par de las nuevas profecías, como igualmente prometidas, y diputamos las otras obras maravillosas del Espíritu Santo por escritura o documentos de la Iglesia (a la que, por lo demás, fue enviado él, siempre el mismo, para administrar todos los carismas en todos, conforme a cada uno distribuyó el Señor), no podemos menos de consignarlas y celebrarlas con la lectura para gloria de Dios, a fin de que ni la flaqueza ni la desesperación de la fe estime que sólo entre los antiguos se dio la gracia de la divinidad, ora se atienda a la confesión del martirio, ora a las revelaciones. Dios obra siempre lo que promete, para testimonio contra los que no creen y beneficio de los que creen<sup>128</sup>.

126. *Ibid.*, *Tratado sobre la Unidad de la Iglesia Católica*, 9.

127. *Actas Cipriano*, 2, 2.

128. *Martirio de Perpetua y Felicidad*, I.

Así Perpetua vive y actúa bajo la moción del Espíritu, de tal forma que en el momento de su bautismo no pide ningún favor extraordinario, sino que se limita a añadir: "El Espíritu Santo me inspira que no pida nada bajo el agua santa, salvo la fortaleza para resistir en la carne"<sup>129</sup>.

*(Continuará)*

*Monasterio Ntra. Sra. de los Ángeles*  
*C. C. 34 - 7300 Azul (B)*  
*Argentina*

Roberto PEÑA, ocsso

---

129. *Ibid.*, 3, 3.